



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 19 DE ENERO DE 2020

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Personajes en cuentos para otro día

MEMO Y EL CÁNCER
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La enfermedad invade sin detenerse, sin mirar el daño de sus propios pasos. Recubre el rostro de Memo, destrozándole los labios, los párpados, las orejas y los mismos ojos.

Se esfuma el sueño de Memo de llegar a ver a su hija graduarse de la universidad. Vive con el odio interno de quien ha sufrido una injusticia irreparable. Todos los días se levanta a las siete de la mañana. Llega a su oficina a las nueve, y su trabajo no para hasta las cuatro de la tarde, cuando dedica media hora para comer. Luego vuelve a sus labores y continúa el trabajo hasta las once de la noche.

Ve a su hija únicamente los fines de semana y el deterioro de su rostro es cada vez más dramático, como el de un rascacielos que estalla completo, que se derrumba con un bombazo. Quisiera poner fin a su trabajo. Espera una señal para renunciar y pasar lo último que le quede, con la familia. Pero el seguro de vida, en ese caso, no se haría cargo de lo que viene. Necesita mantenerse ahí atendiendo asuntos laborales, hasta que un médico determine que ya no puede salir de casa, porque la vista no le alcanza para conducir el auto, ni para llegar al trabajo a firmar papeles.

Entonces, de pronto, el tratamiento tiene un pequeño efecto: detiene el deterioro del hemisferio izquierdo del rostro. Los médicos discuten cómo mejorar la dosis, qué pastillas incrementar y cuáles reducir. Lo consultan con otros doctores, con los laboratorios, con personal de dependencias públicas. Llegan a un acuerdo como si amarraran las cintas de las zapatillas de un atleta, con fuerza.

El milagro ocurre completo. El rostro de Memo ha sido dañado, pero el paso de la enfermedad se detiene, se asienta. No retrocede. Un año de estabilidad. Memo expresa su amor por las cosas simples, por el canto de los pájaros, por el color de las flores y la fauna y la vida silvestre. El milagro de las nubes le hace escribir un poema, admira el iris de los ojos de su esposa, los cinco dedos en cada una de sus manos.

Memo siente que la vida se detiene, quieto como el tronco de un árbol; el pasado se escabulle, desaparece del horizonte. Frente a Memo solo hay futuro y nuevos sueños que cumplir. Un deseo templado de observar, y otro, ardiente, por llevar a término lo que su corazón le dicta bajo el silencio húmedo de sus propias lágrimas.

ACORDES Y CABRIOLES A TEMPO
OLGA DE LEÓN

El niño -aunque lo soñaba con frecuencia- no podría haber imaginado, mientras era un niño de solo seis años, que un día tendría cuarenta y para entonces, ya disfrutaría de algunas de las aspiraciones del soñador que un día, fue.

Mientras, la niña nunca dio muestras de tener aspiraciones para su futuro, que fueran realmente importantes. Y sin embargo, siempre las tuvo, solo que prefería mantenerlas sin darlas a conocer, se las guardaba solo para sí misma. Esta, la discreción, fue y es uno de los rasgos más característicos de su personalidad, uno que la define y



retrata de una pieza, por entero; a pesar de su apariencia social de extrovertida y pronta a la risa que contagia a otros. Pocos, muy pocos, la conocen realmente bien.

Ellos eran primos hermanos criados bajo el mismo techo, con los mismos padres por cosas del destino, lo sabían y eso nunca fue un impedimento para su estrecha relación y buena convivencia. Curiosamente, uno y otra, pensaban que eran muy diferentes siendo, en realidad, tan parecidos en lo esencial.

Un día crecieron y el destino los llevó por rumbos lejanos, alejados uno de la otra y viceversa, así pasaron varios años de su juventud y así se dio la consolidación de sus proyectos de vida. Hasta que alguien los necesitó y les pidió regresar al terruño: fue el padre de la joven y tío del varón, que no obstante, desde los seis años lo tuvo por su padre y este lo amó como al hijo que no había tenido.

Gabriel vivía hacia la parte alta y más fría de los Estados Unidos, próxima a Canadá. Anna Patricia vivía entre Francia y España, a veces en Roma y Grecia, donde pasaba parte de su tiempo de vacaciones; si bien tenía residencia fija en París y en Madrid. Cuando recibieron la noticia de que su padre los requería en México, se alarmaron cada uno por su parte, y llamaron a la casa paterna, la que tenían por lo menos cinco años de no visitar... y cuando iban, nunca se quedaban más de cinco o seis días: sus compromisos de trabajo no les permitían darse tiempo para ello.

A ambos les tocó en suerte que contestara a su llamada por teléfono, el padre, pensaron que él les explicaría el motivo. Él los tranquilizó y les pidió que no le preguntaran más por el motivo de su llamada. Solo les dijo que no era un capricho y que realmente era muy importante que ambos acudieran lo más pronto posible.

Viendo que nada más les diría por teléfono, aceptaron la voluntad paterna y ese mismo día, los hijos (primos-hermanos, en

realidad) se pusieron de acuerdo sobre el día que buscarían volar y llegar a México. Intentaban estar allá al mismo tiempo. No les fue muy sencillo hacerlo así, pero lograron que una llegara primero, unas horas antes y Gabriel un poco después. Por lo tanto, Ana Patricia tendría tiempo para hablar a solas con sus progenitores, antes de que el hermano llegara.

Siempre solícita y con una natural belleza en el rostro y su rizado cabello, fue recibida en casa por un padre muy delgado, más que la última vez que se vieron. Se fundieron en un abrazo que ella lanzó de inmediato al cuerpo de su padre, ahora sí, asentado en la tercera edad, viejo, para decirlo sin subliminales expresiones. Él nunca fue muy expresivo, pero ella sabía serlo con efusividad, cuando la ocasión lo requería.

Después de los dos minutos que duró el abrazo, la hija de inmediato preguntó: ¿qué pasa, dónde está mamá, está adentro, en la cocina? Vamos con ella... y quiso adelantarse dirigiéndose más allá de la pequeña estancia donde su padre la recibió. Él la detuvo. Espera Anny, le dijo: -como solía llamarla de niña y adolescente. Espera hija... Tu madre no está aquí. Se ha ido.

Hubo un momento de silencio por ambas partes. Anny, en ese instante, recordó que su madre en múltiples ocasiones le había externado su necesidad de irse, irse a cualquier parte donde estuviera alejada de su padre. Ella ya no soportaba estar haciendo cargo de él. No la dejaba hacer lo que tanto quería, vivir solo para leer y escribir.

Y no era cosa de que el hombre se lo impidiera. No. Por el contrario, él la motivaba a que no dejara sus pasiones por preparar comida, por lavar la ropa, por asear la casa. Era ella misma quien se lo imponía y no lograba dejar de ser como era: mujer educada en la segunda mitad del siglo XIX: mujer esclava de su condición femenina y todo el rollo de la publicidad

comercial, social, cívico-política y religiosa, sobre lo que era ser una buena mujer, buena esposa y excelente madre.

Pensó en todas esas charlas entre madre e hija de hacía veinte años atrás, cuando ella estaba recién titulada de una de sus carreras, y Anna reflexionó en esos precisos instantes; por eso, guardó silencio unos minutos antes de volver a hablar.

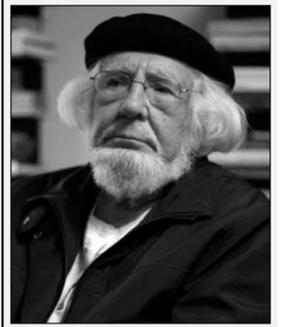
Siéntate hijita. No tarda tu hermano, ya viene del aeropuerto, y no quisiera repetir estas cosas que tengo que referirles. Una muchacha que supuso Anna, y así era, se trataba de la asistente doméstica, les llevó hasta donde estaban una charola con aperitivos y una jarra de agua de limón, y ofreció servirles. Ambos declinaron, al menos en ese instante... luego tomarían un poco del agua fresca.

No tardó en llegar, Gabriel. Dejó la maleta a un lado de la de su hermana... Saludó de abrazos y besos a ambos y les preguntó que hacían allí sentados tan formalmente... Por qué no has entrado a dejar tu equipaje, Anny. Qué sucede, padre.

Siéntate, hijo; lo pronunció al tiempo que señalaba un sillón al lado de su hermana. ¿Cómo estuvo tu vuelo, qué tal de viaje? ¿Cansado? Las preguntas eran claramente retóricas, el viejo pero no anciano padre, no esperaba respuesta alguna. Solo hacía tiempo para sacar fuerzas e informarles: "-Su madre ya no estará más con nosotros". Entonces, ambos captaron perfectamente el sentido de la frase: "ya no estará más entre nosotros".

Don José Gilberto tomó, de una mesita junto a él, un par de sobres que estaban bajo un libro titulado: "Una historia maravillosamente humana", cada uno tenía al frente el nombre del hijo o la hija, y debajo del nombre, una frase: "Acordes y cabrioles a tempo": los amo y amaré por siempre.

La carta la abrirían luego. Nada más tenían que entender.



Ernesto Cardenal

Candidato al menos en cuatro ocasiones al Premio Nobel de Literatura, el nicaragüense Ernesto Cardenal llega a los 95 años de edad (Granada, 20 de enero de 1925) con una obra literaria dedicada principalmente a la poesía, de la que ha publicado más de 25 libros, y en la cual a conjuntado sus preferencias teológicas y de liberación del hombre. Por esta razón, lo mismo su comunidad contemplativa en la isla de Solentiname fue bombardeada por la dictadura somocista como él mismo vivió en carne propia, en 1983, la suspensión de su ejercicio como sacerdote por parte del papa Juan Pablo II.

Cardenal nació en el seno de una familia de clase privilegiada en el Departamento de Granada. De un carácter inquieto y bohemio, estudió filosofía en México y manifestó su inquietud por la escultura y la pintura. Igualmente fue un viajero frecuente pasando temporadas en Nueva York y España, donde habría de fundar la editorial El Hilo Azul. De esta vida que llevaba, y después de involucrarse con grupos opositores al régimen de Anastasio Somoza, cerca de los 30 años encontró su vocación religiosa e ingresó al monasterio trapense de Nuestra Señora de Getsemani, en Kentucky, Estados Unidos.

En dicho lugar fue su profesor el religioso contemplativo y también poeta Thomas Merton, quien, una vez ordenado sacerdote, le recomendó fundar una comunidad contemplativa en su país natal, lo que hizo en Solentiname en 1965. Antes, realizó estudios de teología en Colombia. En la isla del Lago Mayor nicaragüense erigió una especie de utopía social y artística con base en el arte, la justicia social y la teología de la liberación.

Su proyecto en Solentiname, que se sostenía de la venta de las obras artísticas que los mismos campesinos producían, atrajo a artistas de la época como el escritor argentino Julio Cortázar, quien incluso le dedicó un cuento, así como a Juan Downey, James Herithas y Sandra Eleta.

El poeta sacerdote mantuvo sus deseos de justicia en la Tierra y con esta convicción recibió la suspensión de sus funciones religiosas por parte de Juan Pablo I.

En 2018, el papa Francisco levantó la suspensión sacerdotal y todas las sanciones canónicas que habían sido levantadas en su contra y en el mes de febrero de 2019 pudo celebrar de nuevo misa, lo hizo acompañado del nuncio apostólico en Nicaragua, Waldemar Stanislaw Sommertag, desde la cama del hospital donde estaba internado tratándose una infección renal, de la que salió victorioso.

Algunos de las obras publicadas por Cardenal, quien vive en Nicaragua, son Hora H, Oración por Marilyn Monroe, Telescopio en la noche oscura, Salmos, Epigramas, Versos del pluriverso, El Evangelio en Solentiname, Pasajero de tránsito, Vida en el amor, Este mundo y otro y Cántico cósmico. Entre los premios que se le han entregado sobresale el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana de 2012.

Mónica Lavín

Consecuencias lectoras

Aquí en Tepoztlán, anualmente, desde hace 17 años, se lleva a cabo el programa Under the volcano, Bajo el volcán, que la escritora neoyorquina Magda Bogin dirige. Aquí se llevan a cabo talleres, charlas, lecturas donde el inglés, el español y hasta el toztzil, en la lectura de la poeta chiapaneca Enriqueta Lunez, se entrelazan, tienen eco, esparcen ideas, emociones, congregan el sentido de la escritura, la búsqueda interminable que es el trabajo con la palabra. Aquí el gremio subraya que no hay fronteras en la república de las letras que nos hermana a las generaciones, los países, los géneros. Aquí, el Tepozteco es el testigo imperturbable que cela la complicidad y el tejido fino de los asombros y el espíritu del gremio, los lectores-escritores, sedientos mineros de historias, de imágenes, de ideas, de amistad y cofradía.

Janet Dawson, que con su marido Doug Clark nos hospedó generosamente a algunos de los escritores, pone en la conversación de desayuno un libro que viene a cuento con el espíritu de las sesiones de estos 10 días: Un lector nada común, del autor inglés Alan Bennett. Esta novela corta, breve e incisiva relata el descubrimiento del gusto por la lectura de la Reina Isabel de Inglaterra. Primero, asombra el permiso y la manera elegante y con bistori humorístico en que el autor, conocido dramaturgo, utiliza como personaje de ficción a una figura viva de la monarquía inglesa, impensable con los mandatarios mexicanos. (Hemos visto en Netflix como The Crown no tiene empacho en hacer con la vida de la reina y sus

familiares una serie novelada y bien documentada que intenta penetrar en el drama humano). La reina, como se sabe, es una hacedora, una mujer que inevitablemente tuvo y tiene que cumplir con sus múltiples obligaciones, muchas de ellas decorativas, sociales, de imagen, etc. Bennett le da permiso en esta novela de que se asome a los libros, con la asesoría de un lector joven que trabaja en la cocina y es asignado, dada su inquietud lectora autodidacta, a asesorar a la reina, primero para obtener libros de una biblioteca móvil que llega al palacio, luego cuando hay recorte presupuestal, en la Biblioteca Nacional. La reina comienza con primeras lecturas, romances que entran con más facilidad en su ánimo, pero va pasando por Austen, Brönte, Tackeray, Throlopp, Forster, James, Shandy, hasta llegar a Proust. Asistimos a la formación lectora de la reina que cada vez desea con más ahínco perderse en un libro, que se arregla con menos esmero, que quiere tiempo para sí, que se lleva libros de viaje, que pregunta a los demás qué están leyendo, que utiliza metáforas en sus discursos que provienen de su afán lector. Al cabo de los años afirma que la lectura es, entre otras cosas, un músculo que se desarrolla. Y ella lo ha logrado, un primer libro de Ivy Compton-Burnett en el que le era imposible entrar antes es ahora disfrutable. Los que la rodean, incluidos los primeros ministros, no saben qué hacer con esta inesperada reina que los cuestiona sobre sus lecturas, les recomienda libros y se ha vuel-



to otra, más capaz de atender los detalles, gestos, y vidas de los otros. Una reina transformada, un reino transformado por un humanismo inevitable que derivará, en su propio afán por hacer, en la escritura.

Con este recorrido gracioso, irónico, dulce y veloz, Bennett comparte a través de la reina que pierde su ingenuidad de no lectora, reflexiones sobre el poder de la lectura, el tiempo, el canon inglés, el reflejo de la experiencia de vida en los libros. Es finalmente un homenaje a la lectura y una crítica a los gobernantes que no leen, que no se arropan con la sabiduría lectora, con la riqueza de las palabras y la experiencia humana que contienen los libros.

Me da por imaginarme qué pasaría si el actual Presidente mexicano (y los anteriores, y los gobernadores, alcaldes, senadores y diputados) sustituyera algunas de sus mañaneras por la sed lectora, si su narrativa cotidiana se salpicara de la

música de la prosa de Rulfo, de la riqueza verbal de López Velarde, de la nitidez de Rosario Castellanos, de la elocuencia de David Huerta. Si para referirse a la inseguridad y la violencia y sus maneras de combatirla hubiera leído a Élmer Mendoza, si para hablar de corrupción citara a Enrique Serma y El vendedor de silencios, si para tomarse tan en serio hubiera degustado La corte de los ilusos, de Rosa Beltrán, o cualquiera de las novelas de David Toscana, si pudiera viajar al Mogador de Alberto Ruy Sánchez sin tener que tomar el avión, si Persona Normal, de Benito Taibo, fuese una especie de lección del infinito lector, para la infinita conversación, apertura y riqueza. Sólo pregunto, porque escribir semejante historia en un país de solemnidades sería imposible. Mientras agradezco haberme topado con esta joya que permanecerá más allá de la monarquía de la Reina Isabel... y de otras tantas.

ad pédem literae

"Todo fracaso es el condimento que da sabor al éxito."

Truman Capote

Letras de buen humor

"Todos nacemos locos. Algunos continúan así siempre."

Samuel Beckett